



¡Estas películas son geniales!

Helena Bonet Rosado

Directora del Museu de Prehistòria de València

Hacer una exposición sobre la Prehistoria en el cine suponía, cuando se planteó hace un par de años, un proyecto tan apasionante como lo eran las propias películas, a la vez que un gran reto al ser la primera vez que, en un museo y en España, se abordaba el cine de temática prehistórica desde la perspectiva de la investigación arqueológica. La iniciativa de la exposición surge cuando las comisarias, Paula Jardón y Clara Pérez, comentan su experiencia en el asesoramiento arqueológico de la película de Jean Jacques Annaud *Su Majestad Minor* (2007). Estuvieron, junto con otros colaboradores arqueólogos, en el rodaje del film en Alicante, compartiendo con el equipo de la película una experiencia inolvidable, trabajando en talleres experimentales sobre la talla del sílex y el pulimento de la piedra, la manufactura de útiles de hueso, el curtido de pieles, el tejido, la alfarería o la molienda de cereales. Finalizado el rodaje se les plantea la posibilidad de adquirir gran parte del vestuario, adornos, accesorios y enseres originales de la película. Un bagaje espléndido y único que nos lleva a pensar en la posibilidad de hacer una exposición sobre cine de temática arqueológica o prehistórica, puesto que la ambientación del film se sitúa en los albores de la civilización, en un horizonte impreciso entre los tiempos Neolíticos y Calcolíticos del área mediterránea, hacia el año 3000 a.C. Naturalmente, el proyecto expositivo pretendía ir más allá. No se limitaría a una sola película, sino que trataría de abarcar la temática de la Prehistoria a lo largo de la historia del cine, reflexionando sobre el modo en que se recrea y se documenta la Prehistoria en el cine o sobre cuáles son las imágenes y los mensajes que las películas han transmitido a la sociedad sobre los albores de la humanidad. En suma, se trataba de examinar cuál ha sido la aportación del cine y su universo de ficción a la imagen de las sociedades prehistóricas.

Si bien hay una amplia filmografía sobre cine histórico, con su pretensión de recrear escenarios y modos de vida que fueron reales, la Prehistoria se ha elegido en menor medida precisamente por carecer de verosimilitud histórica, por tratarse de épocas de las que resulta difícil recrear el paisaje y aproximarse a sus protagonistas, a su hábitat y modos de vida. Perdidas en el tiempo y en el espacio, las epopeyas que narran las películas ambientadas en las épocas prehistóricas se aproximan en su gran mayoría al cine fantástico y de ficción, o bien a las comedias y parodias. Sólo en las últimas décadas, el



interés de algunos directores por documentarse y asesorarse por especialistas en arqueología prehistórica, nos ha permitido disfrutar de largometrajes que consiguen una reconstrucción más fidedigna de lo que fue la humanidad paleolítica o neolítica, en cuyo seno bien pudo discurrir la trama imaginada. En este sentido, la exposición *Prehistoria y Cine* pretende dar a conocer a un público no especializado las producciones audiovisuales que se han realizado sobre uno de los periodos de la historia de la humanidad menos representados en el cine, a la vez que propone una reflexión sobre la dualidad del conocimiento y de la imagen de la Prehistoria que tenemos en la actualidad.

A pesar de ser una temática poco recurrente en el cine, se han recogido más de ochenta films (ver listado anexo) desde el primero de 1905 *The prehistoric peeps* (Cecil Hepworth, 1905), hasta el más reciente *Ao, le dernier néandertal* (Jaques Malaterre, 2010). Sin embargo, tanto para la exposición como para el catálogo, nuestra atención se ha centrado en las películas más emblemáticas o de mayor éxito de público, es decir, en aquellas que podemos considerar hitos en la historia del cine y, por extensión, en la memoria colectiva. Quedan fuera de esta muestra los documentales de divulgación científica y las películas de animación infantil por pertenecer a géneros cinematográficos con características propias y con una producción tan extensa que requerirían de un estudio específico. No por ello, sin embargo, queremos quitar importancia a las numerosas series documentales que nos ilustran sobre los orígenes de la humanidad ni a aquellos dibujos animados, como *Los Picapiedra* de Hanna-Barbera (1957) o la serie animada de televisión francesa de *Érase una vez* (1979), que deleitaron a los niños en las décadas de los años sesenta a ochenta del siglo pasado.

La exposición *Prehistoria y Cine* se estructura en cuatro espacios que dan cuenta de cómo se ha construido nuestro imaginario colectivo sobre la Prehistoria a través del cine de este género. El primer ámbito trata de la representación de las ideas, con la proyección de la película *The First Circus* (Dawley y Sarg, 1921) sobre la pared de una cueva, haciendo referencia al Mito de la Caverna de Platón. El recorrido sigue a través de una amplia muestra de carteles de cine, libros y material cinematográfico que ilustran la gran variedad de géneros y tratamientos que el cine de ficción ha dedicado a la Prehistoria. El tercer ámbito recrea una sala de cine para asistir a la proyección de un audiovisual que presenta los tópicos más generalizados sobre la Prehistoria incorporados al cine, como: la violencia, el amor y el sexo, o la lucha con animales feroces. En el último ámbito se muestran las diferentes partes que configuran una producción cinematográfica: localizaciones, decorados, casting, vestuario, maquillaje, *atrezzo* o música, apoyándose para ello, en gran parte, en la documentación, imágenes y materiales originales de la película *Su Majestad Minor*.

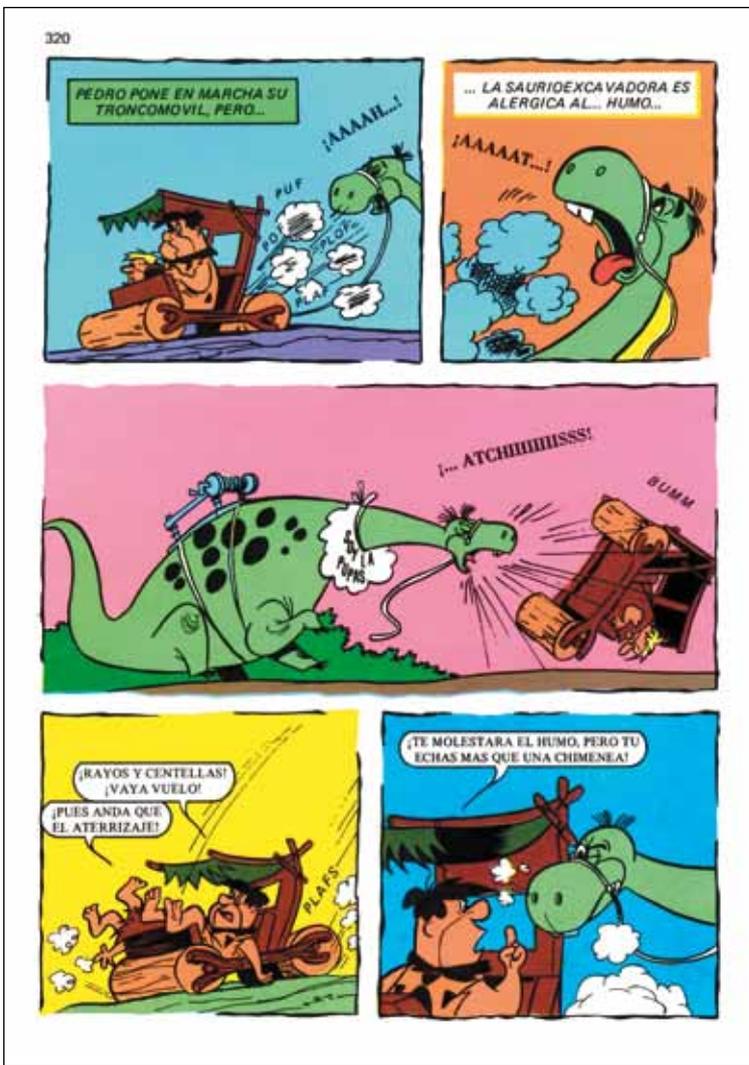
Como es habitual en las exposiciones del Museo de Prehistoria, esta muestra se complementa con el presente catálogo que recoge siete contribuciones de reconocidos especialistas en diferentes campos de la arqueología prehistórica, cinematografía o sociología. En ellos se abordan algunos de los aspectos más destacados y debatidos de las películas ambientadas en la Prehistoria, como la relación entre el conocimiento científico y la ficción, la representación de la naturaleza humana y de su evolución, los paisajes y las faunas de los tiempos cuaternarios, el tratamiento de la mujer, la importancia de las bandas sonoras o los orígenes del cine de ficción prehistórica. Finaliza el libro con una entrevista a Jean Jacques Annaud, realizada con motivo de esta exposición, en la que comparte con nosotros experiencias y reflexiones en torno a su larga y variada filmografía.



I *Tarzan y su hijo (Tarzan finds a son, Ricahrđ Thorpe, 1939)*

¿QUÉ NOS HA APORTADO LA CONFLUENCIA CINE-PREHISTORIA?

Es incuestionable la importancia que tuvo la gran pantalla para las generaciones que nacimos a mediados del siglo XX. Vimos tantas de aquellas películas llenas de fantasías e ideales románticos, donde el héroe, la dama, el peligro y la aventura nos transportaban a mundos fantásticos, que bien podemos afirmar que el celuloide forjó los sueños, ilusiones y mitos de aquellas generaciones. El cine era, y es, placer, entretenimiento, fábrica de sensaciones y, para muchos de nosotros, en sus salas y pantallas tuvimos la ventana desde la que asomarse al exterior. «Películas de indios y vaqueros, de romanos, de amor, de guerra, de miedo o españolas», así es como clasificábamos las películas que se hacían en los cines de barrio o en las terrazas de verano. Películas toleradas para menores, censuradas, buenas, malas, malísimas, en blanco y negro, en «technicolor» y hasta en «cinemascope». Películas que devorábamos en las tardes del domingo, junto con montañas de pipas, en largas sesiones de dos, tres y hasta cuatro títulos, en aquellos enormes cines todos ellos hoy desaparecidos. A los niños les gustaban las «pelis» de guerra y de miedo y a las niñas las de amor, pero a todos, absolutamente a todos, nos gustaban las de «aventuras». *Tarzán y su hijo (Tarzan finds a son, Richard Thorpe, 1939)* **I**, *Las minas del Rey Salomón (King Salomon's mines, Compton Bennett y Andrew Marton, 1950)*, *Viaje al centro de la Tierra (Journey to the center of the Earth, Henry Levin, 1959)*, *Cleopatra (Cleopatra, Joseph L. Mankiewicz, 1963)* o *¡Hatari! (Hatari!, Howard Hawks, 1962)* fueron al-



2 *Los Picapiedra*. El mapa misterioso. Películas Hanna-Barberá T. XXII. Colección Jovial. Ed. Recreativas. © Producciones Hanna-Barberá, 1973

Las tres edades de Buster Keaton (1923), en películas de 8 o super 8, conseguidas en casas de alquiler, como la tienda de *El Fonógrafo* que frecuentaba con mis padres y que estuvo abierta en la calle Quart de Valencia hasta mediados de los 70.

En Estados Unidos y en algunos países de Europa, se habían estrenado bastantes películas sobre temática prehistórica pero en España conocíamos la Prehistoria casi exclusivamente a través de los tebeos, como las historietas de *Hug el troglodita* (Jorge Gasset Rubio) en el *Tío Vivo* (Dibujantes Españoles Reunidos), o los dibujos ya mencionados de *Los Picapiedra* **2** que nos descubrieron una ingeniosa y divertida Edad de Piedra sin ninguna pretensión de realidad. Habría que esperar a finales de los años sesenta para que el gran público contemplara por primera vez en la pantalla, a través de una gran producción estadounidense, un film ambientado en la Prehistoria: *Hace un millón de años* de Don Chaffey (1966). En aquella época de censura franquista, los jóvenes no olvidarían la espectacular presencia de Raquel Welch en bikini de pieles que, junto a Ursula Andress saliendo del agua con igual atuendo blanco en *James Bond contra el doctor No* (*Dr. No*, Terence Young, 1962), se convirtieron en las *sex simbol* femeninas de los años sesenta. No fue únicamente su protagonista lo que hizo inolvidable *Hace un millón de años*, sino el que, para frustración del mundo académico, lo que iba a quedar grabado en el



3 2001: una odisea del espacio (2001: a space odyssey, Stanley Kubrick, 1968)

imaginario colectivo de varias generaciones de espectadores era un sinfín de barbaridades históricas y medioambientales y unos escenarios y conductas carentes de la mínima veracidad. Lo cierto es que, a raíz de esta película, proliferaron en la década de los setenta las películas de mujeres prehistóricas cortadas por el mismo patrón. Pero ninguna alcanzaría el éxito de *Hace un millón de años* y, si alguna de ellas se estrenó en España, pasaría sin pena ni gloria.

En esos años el contrapunto que podríamos llamar «intelectual» a estas películas fue *2001: una odisea del espacio* de Stanley Kubrick (1968), cuya escena inicial, los simios descubriendo y tocando el liso monolito y lanzando un hueso al aire cuya ascensión seguimos a cámara lenta, motivó muchas tardes de profundos debates entre los estudiantes, sin que llegásemos a ponernos de acuerdo sobre cuál era el mensaje que nos quería transmitir el gran Kubrick: sin duda, la película se iniciaba recordándonos que el útil, la herramienta fue una de las cosas que nos hizo humanos 3. Sin embargo, la atención de la mayoría de los cinespectadores seguía atrapada por las imágenes de feroces dinosaurios y humanos luchando por la supervivencia, tal y como habían mostrado todas las películas desde los inicios del cine mudo hasta los años ochenta. Incluso la comedia *Cavernícola* de Carl Gottlieb (1981), a nuestro modo de ver una de las mejores parodias sobre las películas de ambientación prehistórica realizadas en las décadas precedentes, despertó interés, casi exclusivamente, por ser su protagonista el *beatle* Ringo Starr. En todo caso, no tuvo el éxito ni de hecho resiste la comparación con otras comedias ambientadas en época romana, como *Golfus de Roma* de Richard Lester (1966) *La vida de Brian* de Monty Python (1979) o *La loca historia del mundo* de Mel Brooks (1981).

Cuando se estrena en 1982 la película *En busca del fuego* de Jean Jacques Annaud, ésta nos cautivó. Y no sólo a arqueólogos e historiadores, sino también al gran público, sobre todo al europeo mucho más exigente con el cine histórico que otros. Por primera vez se conjugaba aquí rigor histórico y asesoramiento científico con la narración de una historia que podíamos compartir y sentir, unos exteriores magníficos y las dosis adecuadas de aventura, acción y suspense, además de toques de humor. Ya nada será igual. Una nueva imagen de la humanidad en los tiempos prehistóricos entraba en el cine por la puerta grande.



Tras los pasos de *En busca del fuego* se han estrenado un buen número de películas hasta nuestros días pero, desgraciadamente, ya las hemos visto con mentalidad arqueóloga y mirada adulta, lejos de la inocencia y la magia de la infancia. En estas últimas décadas se tiende a abandonar aquel primer tipo de películas que remitía a una parodia de los tiempos prehistóricos, a excepción de alguna incursión poco afortunada como *Año uno* de Harold Ramis (2009), para tratar de hacer un cine de ficción prehistórica ya rigurosamente documentado. Por comentar sólo la producción más reciente, tal sería el caso de *Ao le dernier néandertal* de Jacques Malaterre (2010), observamos que ahora, al pretender narrar historias que resulten creíbles en tanto se ajustan a los conocimientos de la arqueología prehistórica, las películas se van pareciendo cada vez más a los documentales de divulgación científica. La preocupación por no caer en «errores prehistóricos» parece que se antepone a la originalidad del guión y el ritmo de la trama. Contrapunto de este cine europeo que invita al espectador a aprender y a reflexionar sobre la evolución y la diversidad de los comportamientos humanos, el cine estadounidense nos seguirá sorprendiendo con películas fantásticas e irreales, como *10.000 BC* de Roland Emmerich (2008), cuyo despliegue de recursos y de efectos especiales tienen como único objetivo el entretenimiento del público.

REFLEXIONES SOBRE IMAGINARIO, PREHISTORIA Y MUSEOS

La preparación de la exposición *Prehistoria y Cine* nos ha dado la ocasión de disfrutar de verdaderas joyas cinematográficas que, como la mayoría de arqueólogos, desconocíamos porque no gozaron del privilegio de los grandes carteles que anunciaban los «estrenos». Al tratarse de cine de ficción o de evasión, estas producciones suelen permitirse más licencias que las referidas a otros periodos históricos abusando de toda clase de tópicos, con *superwomen* prehistóricas, hombres-lobo/neandertales, seres monstruosos y dinosaurios, que protagonizan las aventuras más diversas. Muchas de ellas las he encontrado geniales, algunas por recordarme la infancia, muchas por sus excesos y ocurrencias, por sumergirnos en mundos misteriosos y fantásticos, unas pocas por ser obras maestras del cine mudo o clásico, y otras por su originalidad sobre la que se han inspirado muchas películas posteriores.

Sin duda, la sorpresa más positiva han sido las filmaciones del cine mudo que han dejado imágenes y escenas inolvidables: recordemos a Buster Keaton en *Las tres edades* (1923), vestido de troglodita, calzado con las enormes pantuflas de pieles, oteando el horizonte encima de la cabeza del brontosaurio, o el duelo de esgrima con garrotes con sus capas de pieles; al simpático Charlot, eterno enamorado, vestido de hombre de las cavernas sin abandonar su bastón y bombín en el cortometraje *Charlot prehistórico* (1914). Pero especialmente entrañables, y mucho menos conocidos, son los cortos de Willis O'Brien, *The dinosaur and the missing link* (1915), *Prehistory poultry* (1916) o *R.F.D. 10.000 BC* (1916), realizados con muñecos de animación de barro o plastilina. Destacar de este último corto personajes y secuencias que claramente inspiraron los dibujos animados de *Los Picapiedra*, como el cartero (futuro Pedro) que reparte el correo en un coche de piedra tirado por un dinosaurio. Obviamente, nada hay aquí de prehistórico. También ha sido interesante descubrir las numerosas versiones que se han hecho a lo largo de décadas sobre «mundos olvidados», basadas en la novela A. Conan Doyle, y comprobar cómo sigue siendo *El mundo perdido* de Harry Hoyt y Willis O'Brien (1925) sin duda la mejor de todas ellas **4**. Harán falta más



4 *El Mundo Perdido (The lost world, Harry O. Hoyt, 1925)*

sobre la imagen de las sociedades prehistóricas que nos transmiten algunas de estas películas, de las que destacaremos dos características. En primer lugar, la elección de un escenario «prehistórico» se considera con frecuencia como el más apropiado para la parodia, en la que lo prehistórico simplemente añade un disfraz. Es el caso de un numeroso grupo de películas en el que encontramos desde creaciones notables, como las clásicas anteriormente mencionadas, hasta las comedias italianas de los años setenta que terminan inclinándose del lado de lo histriónico-grotesco. Si bien, entre ellas cabría destacar *Grunt* (1983) de Andy Luotto, que nos sumerge en un divertido mundo «hippy prehistórico» con personajes surrealistas disfrazados con pañales, de abeja maya o de brujo hipnotizador con zancos de *drag queen*, por no hablar de las ingeniosas escenas sobre el descubrimiento del boomerang, el baile de claqué con unos improvisados zapatos de piedra o el descubrimiento de la cocaína con las amapolas, para terminar en un espectacular número musical en una cueva-discotequera.

En este apartado, tal vez la película más difícil de encasillar, sería *Su Majestad Minor* de Jean Jacques Annaud (2007), ambientada a mitad camino entre la Prehistoria y la Historia, en una isla del Egeo durante el Neolítico. Se trata de un relato irónico sobre el poder, con una historia donde se mezcla mitología y fantasía contada con un humor irreverente y provocador que nos recuerda en varias secuencias al *Satyricon* (1969) de Federico Fellini.

Y, una segunda característica, es cómo una parte de estas películas se aproxima a lo prehistórico a través de la imagen que Occidente tenía sobre las sociedades tradicionales, las entonces llamadas «primitivas actuales». La conexión entre Prehistoria y «primitivismo» se da en la mayoría de las películas pero tal vez donde mejor se vea reflejada es en películas como *Hace un millón de años* de Hal Roach (1939) y en *Prehistoric women* (1950) de Gregory C. Tallas. El encanto de ambas reside en su semejanza con las películas de Tarzán, el mayor héroe «salvaje» de la historia del celuloide. Los directores utilizaron el éxito de esta saga de aventuras de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, ambientada

de setenta años para que se proyecte un *remake* que esté a su altura, *Parque Jurásico* (1993) de Steven Spielberg.

No olvidemos que las imágenes de las sociedades prehistóricas que nos brindan las películas son el fruto de la creación de directores y guionistas. Y como tal creación, el cine es capaz de mostrarnos mundos imaginarios nunca antes vistos pero posibles o no, al igual que la literatura nos deleitó con Julio Verne. Por ello, su aportación es muy importante ya que contribuye a moldear las imágenes que poblarán la mente de los espectadores y, en el caso que ahora nos ocupa, las formas y perfiles del pasado.

De ahí la importancia de reflexionar



en la selva africana, para acoplarlo a la Prehistoria. Así, en *Prehistoric women* viven en cabañas en los árboles, usan lianas y luchan contra panteras. El hombre, como descubridor y dueño del fuego, es decir el poder, se convierte en el dominador, primero de las fieras y después de las mujeres. Es el eterno enfrentamiento del héroe y el monstruo (léase también fiera), del hombre frente a la naturaleza salvaje, de lo conocido frente a lo desconocido (léase también el otro, el diferente), que encontramos en todas las iconografías y leyendas desde la Prehistoria hasta nuestros días. Y así en las películas de ficción prehistórica, el hombre *sapiens* se enfrenta al monstruo, al otro, que habita en una naturaleza salvaje e inhóspita y cuya imagen puede variar desde dinosaurios y neandertales hasta las propias mujeres.

La reflexión final nos encamina de nuevo al mito de la caverna para preguntarnos sobre el papel del museo en la transmisión de la imagen de la humanidad prehistórica en tanto que el museo custodia los restos de aquellas sociedades y los estudia, proyectando su «sombra» sobre la pared del fondo de la cueva. Ver cómo ha tratado y transmitido el cine la imagen de los hombres y mujeres de la Prehistoria y cómo la sociedad ha asimilado este mensaje, a lo largo de 100 años, nos lleva a la realidad del museo y de la historia de la investigación. Nuestro compromiso con la sociedad es múltiple, pues, además de llevar una labor investigadora y patrimonial, somos conscientes que ser un centro educativo por el que pasan al año miles de visitantes, la mayoría escolares, a los que por medio del lenguaje expositivo de paneles y audiovisuales, de los talleres didácticos, de las recreaciones y teatralizaciones históricas y de los propios objetos, les estamos transmitiendo no sólo información histórica, sino también nuestra propia lectura. En este sentido, un correcto tratamiento del paisaje, de la fauna y del comportamiento de los grupos humanos que habitaron nuestras tierras durante la Prehistoria es fundamental. Al museo le corresponde, pues, romper con tópicos y estereotipos, separar ficción de realidad. Esperamos que esta exposición y libro contribuyan a ello.

THE END